



*Mia para*  
***Poseer***

*Maya Blair*

Título: Mía para poseer

© Maya Blair

Diseño de portada: Kelly Dreams

Copyright imagen: Anna Subbotina/Shutterstock

Konradbak/Fotolia

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados.

*April Travis regresa a Woodtoken doce años después de su repentina huida.*

Se escapó de allí a causa de un amor imposible y ahora vuelve tras poner fin a un largo y desastroso compromiso. Llega a casa de su abuela en busca la paz que tanto necesita, pero lo que menos se hubiera podido imaginar es que una de sus habituales tardes de *jogging* en el bosque se convertiría en una sensual cacería.

Cautivada por un sexy, dominante y desconocido lobo, se verá inmersa en un mundo de erotismo y sumisión del cuál será incapaz de escapar.

*Él es un lobo feroz hambriento y su Caperucita está para comérsela.*

April es todo lo que siempre ha querido y no dudará en seducirla y someterla hasta hacerla suya. Sólo suya. Para siempre.

## Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 11](#)

[Nota de la autora](#)

## Prólogo

Correr, correr, correr.

Ese era el único pensamiento en la mente de April en ese instante. Eso y soportar el doloroso e implacable martilleo de los latidos de un corazón que parecía que le iba a reventar en el pecho de un momento a otro.

Se secó el sudor que le caía por la frente al tiempo que intentaba no perder el ritmo de la respiración. Si lo hacía mal, si comenzaba a respirar a destiempo, entonces se agotaría antes y estaría perdida.

El aire entraba por su garganta en grandes bocanadas y se la secaba de tal modo que cada vez que tragaba saliva la sentía como si estuviera hecha de papel de lija y no de tiernos tejidos. Cada zancada le recordaba el cansancio que comenzaba a acusar en los músculos. Parecía que las piernas le ardieran por el sobreesfuerzo que estaba realizando, pero aun así no podía parar. Tenía que continuar corriendo.

Deseó no haber sido tan perezosa como para haber suspendido durante tantos meses sus sesiones de *jogging* vespertinas, pero era tontería gastar el tiempo con lamentos cuando lo que tenía que hacer era focalizar toda su energía en seguir atravesando la densidad del bosque sin flaquear.

Se centró en la respiración e intentó obviar el dolor de su cuerpo y el terror que le atenazaba la boca del estómago. Dios, daría lo que fuera por poder parar un instante,

apoyarse en uno de los cientos de árboles que cubrían el lugar y vomitar. Expulsarlo todo hasta quedarse vacía. Pero no podía.

Corría tan deprisa que pensó que podría volar. Y mientras lo hacía, era consciente del olor húmedo de la naturaleza que la rodeaba, del propio aroma de su miedo mezclado con el sudor que se deslizaba por todo su cuerpo, de la capucha roja que volaba detrás de ella y azotaba el hueco entre sus omoplatos... Pero sobre todo, de la presencia de su perseguidor. Del sonido de su ardiente respiración, de su olor salvaje, del sonido de sus pisadas.

Mantuvo la mirada fija en el frente, incapaz de echar un vistazo por encima del hombro por temor a tropezar y caer. Pero no era necesario verlo para saber que él estaba cerca. Demasiado cerca. Tanto que podía sentir su hambrienta mirada, de un sobrenatural y brillante color amarillo, fija en ella.

Si al menos pudiera trepar a uno de los árboles, pensó, pero era demasiado lenta y él la atraparía en un abrir y cerrar de ojos.

Un súbito dolor en el costado derecho le hizo emitir un gemido medio ahogado por la sofocada respiración. Dios, se sentía como si la hubieran atravesado con una aguja por el hueco entre las costillas.

Intentando mantener la mente fría, apretó la palma contra el indeseado foco de malestar y siguió su carrera a la vez que sorteaba todos los obstáculos que se interponían entre ella y su hipotética salvación. Porque si de algo estaba segura era de que no sabía a ciencia cierta hacia donde iba. Hacía tiempo que había perdido de vista la parte del

bosque que conocía y desconocía si aquel camino iba a conducirla o no hacia la linde, justo donde comenzaba la carretera. Más bien temía que él la estuviera empujando hacia lo más profundo, allí donde no tendría escapatoria, Donde nadie podría escuchar sus gritos de ayuda.

¡Maldito fuera! La estaba acorralando. El muy cabrón la empujaba a continuar su huída en línea recta, sin permitirle desviarse del camino. Siempre hacia delante.

De repente, algo crujió bajo sus pies, trastabilló y su tobillo izquierdo cedió hasta hacerla caer de bruces. Por un instante pensó que se lo había torcido, pero no había dolor. Al menos todavía.

Intentó levantarse al tiempo que apartaba de un manotazo la capucha roja de la sudadera, pero resultó ser demasiado tarde. Él le había dado alcance y se cernía amenazante sobre su cuerpo. Sentía el aliento de aquella bestia contra su ahora desnuda nuca, erizándole el vello. Que Dios se apiadara de ella. El lobo la había atrapado.

## Capítulo 1

*Doce años antes...*

No había asistido a su baile de graduación y, sin embargo, allí estaba, muerta del asco mientras ejercía de carabina de una plétora de adolescentes sobreexcitados que disfrutaban de su última noche como *seniors* del instituto de Woodtoken.

Suspiró con cansancio. No debería de haberse dejado convencer, pero no le había quedado más remedio que aceptar ser uno de los profesores al cargo de la vigilancia del evento cuando le tendieron la emboscada en mitad del pasillo dos semanas antes. Fue Peterson, que estaba a su lado en ese momento, junto con Davis quienes la interceptaron justo a la salida de una de las clases de matemáticas que daba a los alumnos de duodécimo grado.

Miró de soslayo a Matt Peterson, el joven profesor de historia, que en ese preciso instante extraía con disimulo una petaca del bolsillo interior de su chaqueta.

—Peterson —lo amonestó con una fingida mirada reprobatoria cuando en realidad tenía que esforzarse por no reír.

Él casi escupió el líquido que había logrado ingerir a medias al escucharla.

—Se supone que nuestro deber es dar ejemplo.

Lo observó toser mientras una gota dorada se le deslizaba por la barbilla hendida y pudo ver la culpabilidad plas-



mada en los ojos chocolate y en el repentino rubor que le cubría las mejillas.

—Lo sé —carraspeó.

Se limpió la gota de licor antes de que le manchara el pulcro cuello de la camisa blanca, tras haber ocultado de nuevo la petaca en el interior de la chaqueta con una engañosa expresión de inocencia en el rostro.

—Es sólo que necesito un poco de coraje líquido para sobrevivir a lo que queda de baile.

Habían perdido ese aire de severa formalidad que se le suponía a todo profesor hacía por lo menos una hora; demasiado cansados como para continuar intentando intimidar con su austera presencia a toda aquella masa de hormonas alocadas que bailaban por el gimnasio adelante como si no fuera a existir un mañana.

Incluso Peterson, el siempre estricto señor Peterson, se había aflojado la corbata y abierto dos botones del cuello de la camisa. Y ¡oh, Dios Todopoderoso! ¿Eran alucinaciones suyas o tamborileaba con el pie al ritmo del último *hit* del año con un leve mohín de diversión? Sin duda tenía que ser alguna clase de señal de que el fin del mundo se avecinaba, pensó al tiempo que sofocaba una delatora risita.

La miró de reojo y las comisuras tironearon todavía más de los labios de Matt al ver su expresión de estupor, convirtiendo la casi inadvertida mueca del principio en una amplia y patente sonrisa.

—Creo que no me gusta lo que estás pensando —le advirtió a él.

—¿Ahora lees la mente, Travis? —Su sonrisa se ensanchó hasta alcanzar proporciones cósmicas—. Me gusta esta canción.

Que alguien llamara a Mulder y Scully porque al recto, estricto profesor de historia le gustaba aquel inclasificable ruido enlatado. Intentó no poner los ojos en blanco mientras pensaba que aquel trago de licor se le debía de haber subido por completo a la cabeza en tiempo record. Era eso o que, tal y como había estado cavilando minutos antes, el apocalipsis se encontraba a la vuelta de la esquina.

—¿Bailas, señorita Travis?

Su rostro demudó por completo a causa de la sorpresa. ¿Bailar? ¿Ella? ¿Con él? Al instante observó a su alrededor a la busca de una cámara oculta que explicara todo aquel sinsentido. Porque aquello debía de tratarse de una broma, seguro. Algo así como la novatada de despedida que le hacían al pobre profesor sustituto justo antes de largarse de allí.

—¿Dónde está la trampa?

Matt parpadeó sorprendido y se tragó una carcajada a la vez que introducía las manos en los bolsillos del pantalón que solía llevar a misa todos los domingos. Entonces, la miró de hito en hito, como si le acabara de brotar una segunda cabeza. Exactamente del mismo modo en que ella lo estaba mirando a él.

—Es una inocente invitación para bailar, April. No pienso seducirte ni llevarte al pajar de Thompson para darte un revolcón o algo por el estilo. —Le dedicó una sonrisa torcida—. Me apuesto lo que sea a que ahora mismo el pobre viejo está montando guardia escopeta en mano —bufó di-

vertido—. Como si eso pudiera disuadir a los cachorros para no perpetuar la tradición de perder la virginidad en el destartado y enorme granero. Iluso...

Por lo visto, la costumbre entre los más jóvenes de la manada era intentar burlar año tras año la estrecha vigilancia del pobre señor Thompson y así lograr darse un buen revolcón entre la paja con alguna afortunada muchachita. Que esta fuera de la manada o una chica normal y corriente les daba igual.

Recordó con incomodidad la manera en que los niveles de testosterona entre los jóvenes machos habían alcanzado cotas insostenibles durante los últimos meses. Ahora que al fin casi todos habían pasado por la transición, entrando dentro del rango de lobos adultos, su lujuria post-trans se hallaba en plena ebullición y sólo eran capaces de pensar en una cosa. Sexo. Cada hora, cada minuto, cada segundo.

¡Dios!, hasta ella misma pensaba únicamente en eso después de haber pasado tanto tiempo rodeada de millones de hormonas desatadas. Pero sobre todo, sólo era capaz de pensar en alguien. Alguien que le estaba vetado por la decencia y por la ley. Alguien que en ese preciso instante la miraba desde el otro extremo del gimnasio como si quisiera comérsela delante de todo el mundo.

—Vamos —la acicateó Peterson—. Se osada. No todos los días una mujer puede decir que fue invitada a bailar por *Rottenmayerson*.

—¡Lo sabes!

—Claro que lo sé. —Se encogió de hombros con indiferencia—. Seamos sinceros, la discreción no es el punto

fuerte de los chavales. Además, me importa un puñetero comino.

Extendió la mano hacia ella, con la palma vuelta hacia arriba en una muda invitación.

—Vamos, anímate.

Miró a Peterson y luego a aquellos hermosos e intensos ojos dorados sobre los cuales comenzaba a formarse un feo ceño de disgusto. Quizá fuera mejor así.

—Está bien, *Rottenmayerson* —cedió mientras posaba la mano sobre la de él—. Enséñame lo bien que sabes rocanrol.

—Agárrese las faldas, señorita Travis. —Le guiñó un ojo con complicidad y volvió a tutearla—. Porque Dios es testigo de que esta noche pienso sacar humo de tus tacones.

—La profesora Travis es... caliente.

Todo el grupo ratificó las palabras de Luc con un murmullo mientras seguían con la mirada el ir y venir de la pareja de profesores por la pista de baile. Todos menos Shiloh, que tenía que controlar los repentinos celos que le estaban agriando la velada.

—Que me jodan si ese carcamal de *Rottenmayerson* no tiene ritmo —silbó Vance tras ingerir un trago de su refresco.

—Tiene treinta años, gilipollas —le espetó—. No es el nieto de George Washington, precisamente.

Tuvo que tragarse un gruñido cuando vio el modo en que el insípido profesor de historia se aproximaba a ella tras ejecutar un nuevo giro. Del mismo modo que tuvo que

clavarse las uñas en la carne y contenerse para no lanzarse sobre él en el preciso instante en que le susurró algo al oído de April, arrancándole una burbujeante carcajada y un alegre brillo en sus preciosos ojos verdes.

Su April.

Jesucristo... Un simple atisbo de sus torneadas piernas durante uno de los giros rápidos y él estaba más duro que el pedernal. Y como él el resto de sus colegas, lo que lo mosqueaba todavía más.

—Es un carca, Shiloh. Más allá de la edad, y lo mires como lo mires, es un maldito carca —hizo hincapié Vance—. Pero el muy capullo es un tipo con suerte. Lo que daría por poder tener a la sexy profe de mates entre mis brazos, tío.

—Tiene un polvito de primera, ¿eh?

Las desafortunadas palabras de Luc fueron el detonante de su explosión. Se abalanzó sobre él con un rugido más animal que humano. Y lo habría molido a puñetazos, de no ser porque los chicos fueron rápidos de reflejos y los separaron antes de que la cosa pasara a palabras mayores. Gracias a ellos no había cometido una insensatez, porque si hubiera llegado a ponerle un solo dedo encima habría dejado a Luc como un mapamundi.

Nadie hablaba de April de esa manera. Ni en su presencia, ni mucho menos en su ausencia. Le daba igual que quien lo hiciera fuera un amigo o un completo desconocido, porque todos terminarían del mismo modo; con una calcomanía de su puño en el medio y medio del careto.

Vance lo sujetó por detrás, le pasó los brazos por debajo de sus axilas y lo apretó contra su amplio torso al tiempo

que tiraba de él hacia atrás para lograr que reculara lo suficiente. Estaba claro que no confiaba en que pudiera reprimir las ganas de asestarle una patada al cretino de Luc.

—¿Te has vuelto loco? —siseó contra su oído—. ¿Qué cojones te pasa, Shiloh? Cuéntamelo de una puñetera vez.

Se sacudió de encima a su amigo y se recolocó la camisa y la chaqueta del traje como si no hubiera pasado nada. Pero sí que había pasado. Es más, todavía sentía el subidón corriendo por sus venas, la furia ciega de proteger lo que consideraba suyo.

—Necesito salir.

Vance intentó retenerlo, pero Luc se lo impidió.

—Déjalo —le escuchó decir mientras él se alejaba en busca de un poco de aire fresco con el que calmarse—. Está así a causa de la transición, ya lo sabes. Se ha encoñado con Travis, pero se le pasará.

Y una mierda que se le iba a pasar. Su lobo había reconocido en ella el olor de su compañera de vida y no pensaba darse por vencido hasta lograr que April admitiera la verdad. Porque ella estaba tan pillada como él en toda aquella porquería de montaña rusa emocional y sexual. Lo sabía. Podía sentirlo, olerlo. Joder, hasta casi era capaz de paladearlo.

La reclamaría esa noche a como diera lugar. ¡Y a tomar por culo la diferencia de edad!

April salió al pasillo casi a tumbos.

Señor... Matt sabía bailar, de eso ya no le quedaba la menor duda. De hecho, la había arrastrado por toda la pis-

ta de baile preso del delirante ritmo de la música hasta que ella no tuvo más remedio que pedir clemencia.

Con un suspiro, se sentó en uno de los pocos bancos que había y procedió a quitarse los zapatos de corte salón, sin poder reprimir un sentido gemido de dolor en el momento en que se despojó el primero. Y otro más, cuando se desembarazó del compañero.

Sabía que era una pésima idea estrenar calzado, para colmo de tacón alto, pero no le había quedado más remedio ya que no poseía nada lo bastante adecuado para el vestido por el que había optado para esa noche.

Se masajeaba el pie derecho con una expresión de éxtasis en el rostro cuando alguien se sentó a su lado, sobresaltándola. Al momento su instinto la hizo enderezarse. Todo su cuerpo rígido y en guardia.

—Ah, eres tú.

Al reconocer a su recién adquirido compañero de banco se relajó, pero no del todo.

—¿Te lo estás pasando bien en tu baile de graduación?

Como oficialmente ya no era maestra de aquella institución, dado que su contrato temporal había espirado el día anterior, podía tomarse la libertad de apearse de la dinámica de las relaciones profesor/alumno y tratarlos como si fueran unos chicos cualquiera. Pero con Shiloh le resultaba más complicado si cabe, porque los demás no la turbaban del modo en que él lo hacía.

—¿Y usted, señorita Travis?

Su voz profunda y rica de barítono siempre lograba hacerla estremecer, consiguiendo que se olvidara de que no era el adulto que aparentaba por su desarrollado físico,